

A red-gloved hand, reminiscent of the Soviet Union's symbol of power, firmly grips a snake. The snake's head is positioned at the top of the frame, featuring a prominent white swastika on its forehead. The snake's body is coiled around the hand, with its scales rendered in a detailed, textured pattern. The background is dark and atmospheric, with a subtle gradient and some light effects that suggest a sense of depth and mystery. The overall composition is striking and evocative, combining elements of power, fear, and historical symbolism.

EL

GRAN MIEDO

UNA NUEVA INTERPRETACIÓN DEL TERROR
EN LA REVOLUCIÓN RUSA

JAMES HARRIS

CRÍTICA

JAMES HARRIS

EL GRAN MIEDO

Una nueva interpretación del terror
en la revolución rusa

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2017

El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la revolución rusa
James Harris

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Great Fear*

© James Harris, 2016

© de la traducción, Luis Noriega, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-93-6
Depósito legal: B. 8013 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Miedo y violencia

Los bolcheviques tomaron el poder en Petrogrado a comienzos de noviembre de 1917 con, es de subrayar, escasa violencia. Para el otoño, la autoridad del gobierno central se había desintegrado hasta tal punto que el golpe encontró poca o ninguna resistencia. Es notorio que el gobierno provisional, reunido en el Palacio de Invierno, se dispersó después de oír el ruido de cristales rotos causado por un único disparo de foguero del crucero *Aurora*. El grupo enviado a hacerse con el control de la oficina central de telégrafos había recorrido la mayor parte del camino hasta allí cuando se dio cuenta de que carecía de apoyo armado. Pese a ello decidió seguir adelante y descubrió que para lograr su cometido bastaba declarar que ahora ellos eran quienes tenían el control.¹ El levantamiento comenzó el 7 de noviembre y al día siguiente ya el poder había pasado a manos de los sóviets. Sin embargo, la transición no iba a ser en absoluto pacífica. Para hacerse con el control de Moscú, los bolcheviques necesitaron casi una semana de combates encarnizados en las calles, y eso fue solo el comienzo. Cuando León Trotski asumió la tarea de formar un ejército «rojo» capaz de extender el control y defender la revolución, en las afueras de las provincias centrales ya estaban reuniéndose las fuerzas antibolcheviques, preparadas para erradicar la amenaza revolucionaria. Asegurar la victoria solo fue posible tras tres años de una guerra civil excepcionalmente violenta. El número de soldados muertos superó con creces el millón, y las bajas civiles fueron considerablemente mayores (casi diez veces más, supe-

rando de lejos el número de víctimas sufridas por el país a lo largo de la primera guerra mundial). La brutalidad de las tácticas empleadas por ambos bandos alcanzó límites difíciles de imaginar; tanto el personal militar como la población civil fueron víctimas de bombardeos, ataques con gas y ejecuciones sumarias. Resulta indudable que las raíces de la violencia del Estado soviético bajo Stalin se encuentran en la violencia de la guerra civil; sin embargo, cabe preguntarse si fue esta la que hizo violentos a los bolcheviques o si, por el contrario, fueron los bolcheviques los que hicieron violenta la guerra civil. ¿Condujo el terror de Lenin al terror estalinista de la década de 1930? Tales preguntas no tienen una respuesta obvia y es necesario explorarlas.

Aunque los revolucionarios eran por lo general gente violenta, los bolcheviques no destacaban de forma particular en ese ámbito. Los asesinatos y los atentados con bombas eran la especialidad de los socialistas revolucionarios (también conocidos como socialrevolucionarios o SR) y, en particular, del ala terrorista del movimiento, que buscaba provocar una revolución mediante la decapitación del antiguo régimen. En comparación, los bolcheviques soñaban con una revolución popular en la que se los aclamaría como los representantes naturales de las masas trabajadoras de Rusia. No obstante, eran conscientes de que los proletarios y los campesinos necesitaban que se los ayudara a superar la resistencia de las clases propietarias. Los bolcheviques eran marxistas, y los buenos marxistas son buenos historiadores. Conocían en profundidad los episodios revolucionarios previos y las razones por las que habían fracasado. No querían repetir los errores de la Revolución francesa, de los sucesos de 1848, de la Comuna de París de 1871 o de la propia revolución de 1905. Y aunque los desastres cometidos en cada uno de estos casos fueron muchos, el más común fue el de subestimar las fuerzas de la reacción. La historia enseñaba a los bolcheviques que las clases propietarias harían todo lo que estuviera en su poder para sofocar la revolución, y comprendían que tenían que lidiar con esa amenaza de forma sistemática, implacable y hasta el final. No se trataba solo de lanzar su propio terror, sino también de fomentar y canalizar el descontento popular para hacer frente a la «contrarrevolución». Aunque no se sentían inclinados a glorificar la violencia revolucionaria, no vacilarían en la defensa de la revolución, como dejó claro

Trotsky cuando apuntó que «no entraremos en el reino del socialismo luciendo guantes blancos y caminando sobre suelos pulidos».²

Los bolcheviques tuvieron un breve período de calma relativa antes de que la contrarrevolución empezara de verdad. Mientras ellos se dedicaban a tomar el poder en Moscú y un número considerable de ciudades y pueblos provinciales, los generales del ejército imperial discutían con los políticos del gobierno provisional acerca del modo en que debía responderse a la revolución. El hecho de que nunca consiguieran alcanzar un consenso ni coordinar de forma adecuada sus acciones resultó fatídica para ellos,³ si bien a lo largo de 1918 lograron acorralar a los bolcheviques en las provincias centrales alrededor de Moscú gracias a la labor de los generales Kaledín, Vrangél y Denikin en el sur, Iudénich en el norte y el oeste y el almirante Kolchak en el este. A los denominados ejércitos «blancos» se sumaron pronto fuerzas extranjeras, que incluían a estadounidenses, británicos, franceses, alemanes, checos y turcos, los cuales, por un lado, continuaban librando la primera guerra mundial en suelo ruso y, por otro, intentaban, en palabras de Churchill, ayudar a los blancos a «sofocar el bolchevismo en su cuna». Las batallas decisivas tuvieron lugar en 1919.

Después de un comienzo de año prometedor, el Ejército Rojo parecía incapaz de contener la contraofensiva lanzada por Denikin desde el sur y el oeste. Para octubre los «rojos» habían abandonado Kursk, Vorónezh y Oriol. Moscú se encontraba bajo una amenaza inmediata. Al mismo tiempo, los ejércitos de Yudénich avanzaban sobre Petrogrado. Los blancos se encontraban al borde de la victoria, pero no eran capaces de infligir a la revolución el golpe de gracia. Cuanto más cercano parecía el triunfo, menos dispuestos estaban a coordinar sus acciones y cada jefe militar buscaba imponer con más ahínco su visión con respecto al futuro de Rusia. Lo que hicieron, en realidad, fue dar a los bolcheviques la oportunidad de escapar del cerco que se cerraba sobre ellos y reagruparse.

El giro que experimentó la guerra a finales de 1919 y comienzos de 1920 no hizo el conflicto menos brutal en modo alguno. Ambos bandos reclutaban a sus efectivos a punta de pistola y fusilaban a los desertores. Ambos bandos ejecutaban por lo general a los soldados y oficiales capturados. Ambos bandos requisaban grano y propiedades

sin ninguna consideración por las poblaciones a las que despojaban de alimento y techo. Y ambos deportaron a comunidades enteras cuando sospechaban que eran desleales. Los bolcheviques fueron un paso más allá al proponer en 1919 que se exterminara a toda la élite cosaca de la región del Don como respuesta a su cooperación con Denikin.⁴ La violencia excepcional solo puede explicarse en parte apelando a las exigencias de la confrontación. Los rojos y los blancos estaban luchando por el control de un país que [se] había colapsado casi por completo. A duras penas podían ofrecer alimento y cobijo a sus fuerzas. La población civil estaba condenada a sufrir y los prisioneros de guerra todavía más. En cualquier guerra civil, resulta inevitable que las lealtades se dividan, sean dudosas, vacilen. La mayoría de los participantes no querían otra cosa que sobrevivir y cambiaban de bando cuando el momento de la guerra sugería que era el modo de cumplir con ese objetivo. Sin embargo, en un conflicto con un equilibrio tan precario, tales deserciones en masa resultaban intolerables. Los oficiales amenazaban con castigar la deslealtad con la pena de muerte, una decisión tan lógica como inhumana dadas las circunstancias. La facilidad con la que se daban y cumplían órdenes homicidas debe también muchísimo al efecto deshumanizador de la guerra misma. La guerra civil llegó tras cuatro años de combates brutales contra los alemanes. Los jefes militares y los reclutas por igual se habían acostumbrado a la visión, el olor y la idea de la muerte.⁵

La práctica de la violencia bolchevique tenía una dimensión adicional: la ideología. La toma del poder en 1917 les había dado la oportunidad de hacer realidad el sueño de una sociedad ideal en la que no existiría explotación ni desigualdad. Para ellos, no era una utopía, sino la trayectoria inevitable de la Historia, y por tanto se consideraban las parteras de un futuro glorioso llamado a abarcar a toda la humanidad. Creían con pasión que la suya era una visión perfecta y única, y que toda oposición a ella, cualquier visión alternativa, era el producto inevitable de la ceguera causada por la ignorancia o el egoísmo. La resistencia había de ser superada porque ese glorioso fin justificaba incluso los medios más espantosos. Trotski exploraba esta lógica cuando escribió que: «si la vida humana en general es sagrada, entonces debemos negarnos no solo a recurrir al terror o a la guerra,

sino también a la revolución misma [...] [y no obstante] para hacer que el individuo sea sagrado debemos destruir el orden social que lo crucifica». Desde el punto de vista de los dirigentes bolcheviques el terror rojo era superior al terror blanco porque aquel era empleado para alcanzar la meta de liberar a toda la humanidad. El terror blanco, en cambio, buscaba defender un antiguo régimen que solo beneficiaba los intereses venales de una élite reducida. El uso de la violencia estatal no era una cuestión de principios, sino de conveniencia.⁶ Consideraban que destruir a todo individuo, grupo o institución que se pusiera entre ellos y su visión era una especie de obligación sagrada. Las implicaciones de un enfoque semejante iban mucho más allá del campo de batalla. La resistencia, o lo que parecía tal, al menos, era a la vez inevitable y ubicua.

Los bolcheviques no estaban en condiciones de prescindir por completo del viejo orden y construir el nuevo Estado a partir de cero. El movimiento tenía alrededor de veinte mil miembros en el momento de la revolución de febrero, y quizá cinco veces esa cantidad para la época en que finalmente logró hacerse con el poder, pero eran revolucionarios sin experiencia en la administración pública. Resultaba lógico por tanto absorber y adaptar las instituciones estatales existentes. Aunque el 7 de noviembre de 1917 habían logrado entrar en la oficina central de telégrafos de Petrogrado y declarar que estaban a su cargo, otra cosa muy diferente era conseguir que esa y las demás instituciones del Estado siguieran funcionando sin contratiempos y, sobre todo, subordinadas por completo a la causa revolucionaria. Por educación y estatus, los directores de las instituciones estatales y las empresas privadas eran una de las poblaciones menos dispuestas a respaldar una «dictadura del proletariado». Los demás cargos de la burocracia y la administración empresarial no eran muy diferentes. El gobierno de los bolcheviques prometía privarles de todo lo que tenían y consideraban precioso, de modo que no es sorprendente que muchos de ellos buscaran frustrar los planes de los revolucionarios de acuerdo con sus capacidades. Apenas días después de haberse hecho con el poder, los bolcheviques tuvieron que hacer frente a una serie de huelgas cuya intención era paralizar el Estado y la economía. Para enero de 1918, casi cincuenta mil funcionarios públicos y otros em-

pleados administrativos se negaban a trabajar, incluidos diez mil trabajadores bancarios y diez mil empleados de los servicios de correo y telégrafo. Los bolcheviques estaban convencidos de que ese movimiento estaba organizado y financiado por los capitalistas más ricos del país, entre quienes figuraban P. P. Riabushinski, A. I. Putílov y A. I. Vishnegradski, pero eran conscientes de que para ponerle fin no bastaría encargarse de ellos. En lugar de eso, reunieron los nombres de los huelguistas y despidieron a doce mil, con pérdida de los derechos pensionales. Y enviaron a muchos a realizar trabajos forzados en las fábricas o a palear nieve en las calles.⁷

La huelga quedó en nada poco después, pero la hostilidad del funcionariado se mantuvo. Los bolcheviques necesitaban asegurarse de que la resistencia no iba a continuar de forma encubierta. El 20 de diciembre de 1917, Lenin presionó al organismo de gobierno de la revolución, el denominado Consejo de los Comisarios del Pueblo, para crear un grupo que lidiara tanto con la huelga como con el problema de la resistencia en general. La Comisión Extraordinaria Panrusa para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje (la Cheká) se formó más tarde ese mismo día. Pese a un comienzo aparentemente marcado por las prisas y la improvisación, Lenin sembró esa jornada la semilla de lo que se convertiría en una institución inmensa y temible, una policía política que en las dos décadas siguientes se cobraría la vida de millones de ciudadanos soviéticos. En lo que respecta a Lenin la decisión no tuvo nada de casual, y mucho menos fue una señal de vacilación a la hora de neutralizar las amenazas al régimen. Eso quedó bastante claro en la decisión del líder soviético de poner al frente de la Cheká a uno de sus camaradas más competentes y de mayor confianza: Félix Dzerzhinski. Aunque la Cheká empezó a funcionar con apenas un millar de rublos y un equipo de veintitrés personas, Dzerzhinski necesitó solo unos pocos meses para contratar a seiscientos empleados más y abrir sucursales a lo largo y ancho del territorio controlado por los bolcheviques.

Expandirse sobre la marcha era una práctica común en las nuevas instituciones del Estado soviético, pero la rapidez con que la Cheká creció y el vigor con el que persiguió a sus blancos debe mucho al veloz deterioro de la situación a comienzos de 1918. Los bolcheviques

habían intentado poner fin a la participación de Rusia en la primera guerra mundial con una declaración de cese el fuego unilateral. Sin embargo, por mucho que los alemanes quisieran tener la oportunidad de trasladar las tropas al frente occidental, estaban resueltos a imponer un acuerdo de paz riguroso a los bolcheviques y, por ende, su respuesta a la declaración fue renovar la ofensiva en el este. El avance de los ejércitos alemanes, inmediato, veloz y especialmente preocupante en el caso de la capital, constituía una amenaza directa para la supervivencia de la revolución. Lo que preocupaba a la jefatura bolchevique no era solo el reto de reunir y dirigir una fuerza militar capaz de contrarrestar el avance alemán, sino también la posibilidad de que la oposición interna al nuevo régimen aprovechara la oportunidad para socavarlo desde dentro. Mientras que Trotski se dedicó a la tarea de crear un ejército «rojo» competente, Dzerzhinski redobló sus esfuerzos por asegurar el frente interno. El mismo día que *Pravda*, el periódico del Partido, advertía a sus lectores de que «la patria socialista se encuentra en peligro», la Cheká ordenó a las administraciones locales (los sóviets) «buscar, arrestar y fusilar de inmediato» a aquellas personas que, según se consideraba, constituían una amenaza para el régimen. No había instrucciones específicas sobre el modo de llevar a cabo las investigaciones, ni sobre los estándares que debían cumplir las pruebas, y no existían bases para recurrir las decisiones. Por primera vez en lo que habría de convertirse en una larga historia de episodios similares, la Cheká iba a aplicar su particular «justicia» sin contención o límites explícitos. Cuando la supervivencia de la revolución estaba en juego, el fin justificaba los medios.

La Cheká, por lo general, no había establecido procedimientos para la demostración de la culpabilidad o la inocencia de los detenidos. Las cuestiones relativas al proceso judicial estaban definidas de forma vaga e imprecisa, y el parecer individual solía ser determinante a la hora de decidir si un detenido debía ser fusilado, encarcelado, multado o liberado. Siguiendo la costumbre, las familias de quienes eran arrestados procuraban contratar al mejor abogado que podían permitirse. Pero la institución se apresuró a publicar una declaración en la que señalaba que «los abogados peticionarios no confieren ninguna ventaja y, por el contrario, solo harán las cosas peores».⁸ La definición

de los delitos contrarrevolucionarios era vaga en parte porque el régimen no tenía tiempo para investigar y examinar con detenimiento los pormenores legales. Las quejas acerca de la situación contemporánea podían clasificarse como agitación contrarrevolucionaria, pero el grupo más grande de quienes fueron condenados a muerte lo formaban aquellos a los que se consideró culpables de asociación con los enemigos de clase del régimen. Como revolucionarios marxistas, los bolcheviques tendían a suponer no solo que la burguesía y las viejas élites les eran hostiles, sino que muchos de sus miembros conspiraban de forma activa en su contra. Para la Cheká, cuya misión era proteger la revolución poniendo al descubierto tales conspiraciones, las suposiciones de ese tipo tenían la fuerza de una convicción auténtica y eran cuestión de deber profesional. Cuando el destino de la revolución estaba en juego, su deber era actuar de forma decidida e implacable.

Al final el peligro que representaba el avance alemán fue contenido a comienzos de marzo, de modo que el recurso al terror se reveló innecesario por el momento. La sede del gobierno se trasladó de la vulnerable Petrogrado a Moscú y las altas murallas del Kremlin. Para poner fin al avance alemán, los bolcheviques accedieron a las exigencias de Alemania en el Tratado de Brest-Litovsk, en el que cedieron buena parte de la frontera occidental del imperio, lo que incluía a Ucrania, Polonia, Finlandia y la región del Báltico. Al hacerlo, renunciaron al 26 por ciento de la población del imperio ruso, al 28 por ciento de su infraestructura industrial, a tres cuartas partes de los depósitos de hierro y carbón y a las ricas tierras agrícolas en las que se cosechaba más de un tercio del grano del país.⁹ No fue una decisión popular, pero resolvió la amenaza más inmediata al régimen. Por desgracia para los bolcheviques, el tratado no les ofreció un gran respiro, pues el peligro que planteaban los alemanes pronto vino a ser reemplazado por el avance de los ejércitos blancos y las diversas fuerzas extranjeras interesadas en derrocarlos y conseguir que Rusia volviera a la guerra.

Los esfuerzos de Trotski por construir el Ejército Rojo continuaban a buen ritmo, pero no tanto como para hacer frente a la arremetida inicial. En la primavera de 1918, los rojos sufrieron derrotas a manos del general Krasnov al norte de Petrogrado, el general Kaledín y

los cosacos en el Don, y el general Kornílov en Ucrania. En tanto núcleo «leal» del antiguo ejército imperial, los blancos tenían una ventaja obvia en términos de adiestramiento y experiencia militar. Los rojos, por su parte, intentaban sacar el máximo provecho a sus credenciales revolucionarias. La promesa de un Estado de los trabajadores era atractiva, pero la amenaza de un retorno al viejo orden fue tanto o más eficaz a la hora de llevar a los soldados, agotados tras tres años de combates con los alemanes, de vuelta al servicio militar. Con todo, una y otra no bastaron para convencerlos en número suficiente para formar un ejército de voluntarios. Ante el avance de los blancos, los bolcheviques anunciaron la movilización de los obreros y los mineros y, dos meses más tarde, el reclutamiento general de todos los varones entre los dieciocho y los cuarenta años de edad. El reclutamiento forzoso ciertamente no era la solución ideal, pero no tenían alternativa.

Los soldados reclutados necesitaban también oficiales capaces de dirigirlos y encontrarlos, lo que se reveló un reto todavía mayor para los bolcheviques. La tropa estaba formada casi de forma exclusiva por trabajadores y campesinos que eran relativamente abiertos a la propaganda bolchevique, si bien la experiencia de clase no era por sí misma garantía de compromiso. Los oficiales imperiales eran otra cuestión. Por educación y crianza tenían todas las probabilidades de ver con hostilidad la revolución. Pocos oficiales con experiencia se unieron de forma voluntaria a los rojos, y dado que el reclutamiento forzoso de jefes militares era en el mejor de los casos problemático, bajo la supervisión de Trotski el Ejército Rojo terminó siendo dirigido por oficiales zaristas de rango medio (denominados *voenspetsi*) vigilados de cerca por «comisarios políticos» pertenecientes al Partido. No era un comienzo demasiado prometedor para un ejército. La motivación de la mayoría de los *voenspetsi* era escasa, entre otras razones por la desconfianza con que se los trataba. Con frecuencia se topaban con que sus órdenes eran revocadas por los funcionarios del Partido. Iósif Stalin y Kliment Voroshílov hicieron precisamente eso en el frente meridional en el otoño de 1918, lo que originó una disputa feroz con Trotski. Stalin creía que los oficiales imperiales eran «poco aptos desde el punto de vista psicológico para librar la guerra decisiva contra la contrarrevolución». De hecho, era de sobra conocido que muchos

voenspetsi, incluidos miembros no identificados del Estado Mayor del Ejército Rojo, eran en realidad espías blancos. Aunque por poco, Trotski ganó este particular conflicto con Stalin y confirmó que los funcionarios del Partido tenían que someterse a las órdenes de los *voenspetsi*, si bien la sospecha y la hostilidad que bullían en las estructuras de mando del Ejército Rojo hacían más difícil que fuera una fuerza de combate disciplinada y coherente.¹⁰ A lo largo del verano y otoño de 1918, el balance de los enfrentamientos militares no favoreció a los bolcheviques. Tanto Moscú como Petrogrado parecían cada vez más vulnerables al avance de las fuerzas blancas. Para finales del otoño, el término de la guerra en Europa prometía sumar a decenas de miles de soldados extranjeros a la lucha contra las fuerzas rojas.

La situación militar, ya de por sí peligrosa, se tornó aun peor debido a la amenaza de la subversión. Las guerras civiles son por naturaleza conflictos muy complejos en los que las poblaciones se dividen contra sí mismas. La elección que los ciudadanos del antiguo Imperio ruso tenían ante sí era relativamente clara: o bien apoyaban el cambio revolucionario, o bien se oponían a él; sin embargo, esta no era una cuestión que la mayoría de la población se hubiera planteado. La frecuencia con que se produjeron levantamientos campesinos, huelgas y motines evidencia la furia de quienes se sentían arrastrados a un conflicto en el que pocos querían verse involucrados. No era difícil hallar personas comprometidas de forma apasionada con uno u otro bando, pero la mayoría de la población no quería una nueva guerra y menos aún una librada a la puerta de su casa. El principal compromiso de la mayor parte de los rusos era con la propia supervivencia, y cualquier cosa que contribuyera a ella constituía una estrategia sensata. Como consecuencia el compromiso con cualquiera de los bandos enfrentados era débil y eso complicó las campañas militares de las fuerzas rojas y blancas. En términos generales, mientras que a los blancos les preocupaba más la lealtad de los soldados, a los rojos les inquietaba sobre todo la del cuerpo de oficiales. El curso de la contienda tenía un impacto significativo sobre las lealtades de los combatientes: el bando que parecía estar ganando tendía a obtener apoyos con más facilidad, y el que parecía estar perdiendo podía toparse sencillamente con que sus fuerzas se desintegraban. A finales de la primavera de 1918, cuan-

do la confrontación en el frente oriental giró en contra de los bolcheviques, tres de los oficiales al mando de las fuerzas rojas abandonaron sus puestos, y en un plazo de un mes, otros cincuenta oficiales más se unieron a los ejércitos blancos. Entre los soldados, la disciplina se quebró casi por completo. Las desertiones a gran escala y las de figuras decisivas podían ser un golpe terrible, pero las traiciones más comunes y menos visibles eran un peligro igualmente grave. El débil compromiso y las lealtades divididas crearon oportunidades que ambos bandos intentaron aprovechar. A cada bando le resultaba relativamente sencillo infiltrarse en el campo del enemigo tanto para recabar información sobre la posición de las tropas y los planes de batalla, como para cometer actos de sabotaje.¹¹ El enemigo no estaba solo al otro lado del frente. El enemigo estaba en todas partes. Prácticamente cualquier persona podía estar ayudando al otro bando sin hacerse notar. Para los bolcheviques la situación en el frente evocaba la experiencia de la clandestinidad revolucionaria, en la que los provocadores de la *Ojrana*, la policía secreta del régimen zarista, habían conseguido infiltrarse en todos los niveles. No podía confiarse en nadie.

La situación militar era difícil y peligrosa, pero la del frente interno tampoco ofrecía un gran consuelo. Se suponía que las masas trabajadoras debían ser el cimiento del apoyo a la revolución. El compromiso de los bolcheviques con el fin de la explotación por parte de las clases propietarias tenía cierto atractivo tanto para los obreros como para los campesinos, y el movimiento supo hacer un buen uso de él en la propaganda. Este, al final, sería un aspecto importante para la victoria de los bolcheviques, pues los blancos solo parecían interesados en devolver a Rusia al pasado. Sin embargo, el comunismo como ideal y el marxismo como filosofía no significaban nada para la población en gran medida analfabeta del nuevo Estado soviético, que juzgaba al actual gobierno de acuerdo con su experiencia de él. Hasta cierto punto los rusos comprendían que los bolcheviques tenían problemas para hacer realidad sus objetivos en el contexto de una guerra civil, pero esa comprensión tenía límites muy reales. Así, por ejemplo, la respuesta de los campesinos a las requisas de grano efectuadas por el Ejército Rojo se vio atenuada por el hecho de que las acciones de los blancos eran básicamente iguales. Y no obstante, el

conflicto era inevitable. Los bolcheviques fracasaron en sus intentos de granjearse apoyos sólidos en el campo y quebrar la resistencia a las requisas invitando a los campesinos más pobres a compartir el grano requisado. La sociedad campesina estaba mucho más cohesionada de lo que habían previsto, y lo único que quería el campesinado era que se lo dejara en paz en la tierra que los bolcheviques le habían prometido. Ya en mayo de 1918 Lenin había reconocido el problema al determinar que «los propietarios de grano que poseen un excedente» y no lo entregan, «serán declarados enemigos del pueblo» independientemente de su estatus social.¹² La ley confirmó el comienzo de una larga historia de conflictos entre los bolcheviques y quienes seguían siendo la mayoría de la población rusa.

La clase trabajadora urbana había abrazado el bolchevismo en 1917 de forma generalizada, abandonando partidos más moderados en respuesta a la promesa de un Estado proletario. Pero el compromiso de que se pondría fin a la explotación y las fábricas pasarían a estar «bajo control de los trabajadores» no era compatible con las necesidades impuestas por la guerra civil. No era el momento propicio para entregar el poder a los trabajadores. La gestión de las fábricas se tornó incluso más jerárquica y, de hecho, se militarizó. El famoso lema de Lenin según el cual «el que no trabaja no come» sonaba excepcionalmente leve en el contexto del orden que estaba emergiendo, un orden de «reclutamiento forzoso» para el trabajo fabril en el que, como ocurría en el campo, todo aquel que abandonaba su puesto era etiquetado en el acto como «enemigo del pueblo». Todavía más inquietante para los trabajadores fue el regreso a las fábricas de los antiguos jefes y otros «especialistas burgueses». Al igual que ocurriera con el Ejército Rojo y los oficiales imperiales, los bolcheviques no estaban en condiciones de prescindir de la experiencia que solo esas personas poseían. Que los trabajadores empezaran a preguntarse si habían tomado la decisión correcta al apoyar a los revolucionarios era apenas natural. A primera vista, el nuevo régimen parecía peor que el que había reemplazado. Y el hecho de que los salarios se hundieran y el suministro de alimentos en las ciudades fuera en el mejor de los casos irregular no contribuyó en absoluto a mejorar esa impresión. Desnutridos y obligados a trabajar en exceso, miles de rusos morían cada

mes víctimas del tifus, el cólera y la gripe. Es indudable que seguía existiendo un núcleo sólido de partidarios de los bolcheviques, en especial entre los jóvenes de clase obrera, así como una actitud comprensiva hacia el hecho de que las metas de la revolución no podían alcanzarse en el contexto de la guerra civil, pero fueron decenas de miles los trabajadores que en esta época optaron sencillamente por abandonar las zonas urbanas y marcharse al campo. La clase trabajadora, en cuyo nombre los bolcheviques habían tomado el poder, parecía encaminarse a la extinción. Muchos de los que habían permanecido en las ciudades mantenían el entusiasmo por la revolución del proletariado, pero no estaban para nada seguros de querer que los bolcheviques la dirigieran.

En tales circunstancias, todo fue de mal en peor. Mientras que las clases trabajadoras abrigaban sentimientos muy ambiguos acerca del nuevo régimen, gran parte del resto de la población sencillamente conspiraba de forma activa contra él. Los demás partidos revolucionarios no desaparecieron tras la toma del poder y los bolcheviques estaban dispuestos a trabajar con ellos, pero no sin ciertas condiciones. Los socialrevolucionarios de izquierda (SR), por ejemplo, permanecían en el gobierno soviético, pero los conflictos alrededor de las políticas adoptadas pasaron a un primer plano debido a su oposición al Tratado de Brest-Litovsk, cuando la mayoría renunció a sus cargos. Incapaces de trabajar en pos de sus propias metas revolucionarias dentro del orden revolucionario existente, continuaron persiguiéndolas desde fuera y en oposición a los bolcheviques. Manifestaron su rabia ante lo que consideraban un tratado de paz desastroso asesinando al embajador alemán, el conde Wilhelm Mirbach, una acción con la que esperaban reiniciar la guerra. Una SR, Fanni Kaplán, intentó asesinar a Lenin el 30 de agosto de 1918 y casi lo consigue. El líder bolchevique sobrevivió a las dos heridas de bala que recibió, pero su salud nunca se recuperó del todo. Ese mismo día, otro SR hirió fatalmente a M. S. Uriiski, el jefe de la Cheká de Petrogrado. Los socialrevolucionarios no se limitaron a esta clase de atentados terroristas, por los que ya eran muy conocidos antes de la revolución; también intentaron organizar insurrecciones entre los trabajadores y campesinos, en ocasiones cooperando con los blancos.

Los mencheviques no tuvieron una ruptura tan clara con los bolcheviques. Continuaron ocupando sus puestos en el gobierno (en sóviets municipales y provinciales, comités de fábrica y sindicatos), pero esa «cooperación» planteó un problema para los bolcheviques cuando los mencheviques empezaron a ganar popularidad a medida que la desilusión con ellos fue arraigándose. Para impedir que continuaran granjeándose el apoyo de los trabajadores a su costa, decidieron sacarlos de los diferentes cargos con un pretexto u otro. Los anarquistas, por su parte, eran otra historia. En este caso no había cooperación alguna. Los bolcheviques, en un golpe de suerte, recibieron el soplo de que los anarquistas estaban acumulando armas en varios lugares estratégicos del centro de Moscú y, tras un tiroteo impresionante, lograron desarmarlos. Dos semanas más tarde, los anarquistas de Petrogrado se rindieron sin luchar, pese a lo cual continuaron durante mucho tiempo participando en levantamientos armados organizados por otros.¹³

Los miembros de los partidos más liberales, así como los periodistas, académicos, médicos, maestros y gran parte del resto de la *intelligentsia* cultural, albergaban dudas profundas acerca de los bolcheviques, si bien había entre ellos quienes veían con entusiasmo el potencial del cambio revolucionario. Muchos se negaron a cooperar con el régimen en un principio. Ese fue el caso de los maestros, que entre diciembre de 1917 y marzo de 1918 fueron a la huelga de forma intermitente. Los bolcheviques eran conscientes de que adoptar una línea dura podía enajenar de manera permanente a esos grupos, cuya cooperación necesitaban de forma desesperada, pero al mismo tiempo no ignoraban los riesgos de una quinta columna antisoviética, en particular cuando las fuerzas blancas estaban avanzando hacia Moscú y Petrogrado. Aceptaron ceder cierta autonomía a aquellos grupos dispuestos a trabajar con ellos, pero la policía política recurrió ampliamente al uso de informantes que simpatizaban con la causa para erradicar a quienes en secreto, y no tan en secreto, continuaban luchando contra el poder de los sóviets. Mientras que en los primeros meses de 1918 los periodistas y comentaristas políticos pudieron publicar opiniones críticas con el nuevo régimen, para abril y mayo los bolcheviques habían comprendido el peligro que suponía la prensa libre para su capacidad de aunar el apoyo, todavía incierto, de la po-

blación bajo su control y ordenaron el cierre de muchas revistas y periódicos.¹⁴ Eso, por supuesto, no impidió que quienes tenían opiniones arraigadas contra el régimen se expresaran y actuaran. La Cheká arrestó a periodistas, académicos, abogados y otros particulares a los que sus informantes habían identificado y acusado de «actividades contrarrevolucionarias». Algunos de ellos realmente trabajaban con grupos clandestinos para intentar derrocar a los bolcheviques, pero otros tenían toda la razón al quedarse de piedra cuando los agentes de la policía política llamaban a la puerta a altas horas de la noche. La Cheká no tenía ni el tiempo ni los recursos para llevar a cabo investigaciones minuciosas, y dado el manto de sospecha que cubría a la *intelligentsia* en general, sus agentes tendían a arrestar primero y preguntar después. Pero incluso en el verano de 1918 lo normal era que *efectivamente* preguntaran y que, luego, liberaran a quienes lograban demostrar de forma razonable su inocencia.

Los «capitalistas», desde los propietarios de las grandes plantas industriales hasta los pequeños comerciantes, eran otro grupo que inquietaba sobremanera al nuevo régimen. Poner las empresas bajo control estatal mediante su nacionalización era bastante fácil, pero lograr que la producción industrial y la circulación de alimentos y otros bienes de consumo básicos mantuvieran cierto nivel era algo completamente diferente. La mayoría de los industriales y propietarios de las principales empresas comerciales habían dejado el país para la época de la revolución, pero muchos de sus administradores, ingenieros, capataces y demás personal cualificado no lo habían hecho. Una vez más, los bolcheviques necesitaban de forma desesperada la experiencia de un grupo que, según entendían, básicamente les profesaba hostilidad. Y una vez más, consideraron necesario conservar a cuantos expertos pudieran y, al mismo tiempo, utilizar informantes para identificar a aquellos que pretendieran minar el nuevo régimen desde dentro. El peligro de las denuncias falsas era aquí particularmente agudo, dada la historia de hostilidad entre los trabajadores y la administración, una animadversión que los mismos bolcheviques habían hecho mucho por fomentar. Es muy difícil saber qué ocurría de verdad en las fábricas, pero la Cheká tenía la impresión de que el sabotaje de la infraestructura industrial era generaliza-

do, y había concluido que la «especulación» no era una actividad a pequeña escala de minoristas que buscaban sacar un beneficio extra con la venta de mercancías que tenían una alta demanda y eran escasas, sino una estrategia «contrarrevolucionaria» de las grandes empresas comerciales y los bancos, los cuales estaban empeñados en intensificar el desabastecimiento para volver a la clase trabajadora en contra de los bolcheviques.¹⁵

Aunque es posible que tales acusaciones fueran disparatadas, existen indicios de que muchos de los temores extraordinarios de los bolcheviques no estaban del todo desencaminados. La mayor de sus preocupaciones era que las fuerzas antibolcheviques se combinaran para debilitar el frente interno al tiempo que los ejércitos blancos continuaban su avance sobre Moscú y Petrogrado. De hecho, los archivos de las fuerzas blancas evidencian claramente que se hicieron esfuerzos considerables para organizar una quinta columna y orquestar levantamientos que facilitaran el avance de las tropas. El núcleo de organizaciones secretas como la «Unión para la defensa de la patria y la libertad» y la «Unión para la regeneración de Rusia» lo componían oficiales del ejército imperial. Amparados detrás de algún tipo de fachada legal, estos contactaron con grupos e individuos antibolcheviques en un intento de coordinar sus acciones, conscientes de que un pequeño levantamiento aquí y allá no representaba un gran desafío para los revolucionarios, pero que, para citar las memorias de uno de los organizadores, «un único levantamiento coordinado y con una base amplia en varios de los principales centros urbanos coincidiendo con un acercamiento más o menos serio de las fuerzas armadas [blancas y extranjeras]» tenía un potencial muchísimo más grande.¹⁶ Ese fue el plan a lo largo de la primavera y el verano de 1918, y no careció de cierto éxito. Con financiación de la embajada de Francia, de otros gobiernos extranjeros y de viejas firmas bancarias y comerciales, se establecieron «centros» armados no solo en Moscú sino también en Yaroslavl, Kostromá y Ríbinsk, entre otras ciudades. Allí se congregaban políticos de derecha, académicos, médicos y otras personas hostiles a los bolcheviques, lo que incluía incluso trabajadores desafectos. Solo en Yaroslavl había más de mil simpatizantes dispuestos a actuar. Y lo hicieron. Se esperaba que el alzamiento de Ya-

roslavl en julio de 1918, cuando los soldados blancos se acercaban a Moscú, desencadenara levantamientos en otros centros. La ciudad resistió durante casi tres semanas, pero la reacción en cadena no se produjo. Esos individuos y grupos tenían poco en común más allá de la determinación de derrocar a los bolcheviques y en el momento crítico la acción coordinada se reveló imposible.

Los centros aguantaron, pero no por mucho tiempo. Después de que Fanni Kaplán intentara asesinar a Lenin, el enfoque bolchevique del peligro de la «contrarrevolución» cambió de forma radical. La supervivencia de la revolución parecía pender de un hilo. El Ejército Rojo no conseguía detener la marcha implacable de las fuerzas blancas hacia la capital, y su control del frente interno parecía cada vez más débil. La respuesta consistió en lanzar una campaña de terror. Según pensaba Lenin, los bolcheviques no tenían otra opción. Su lógica fue fría y brutal: «¿Qué es mejor: capturar y encarcelar, e incluso ejecutar, a cientos de tráfugas de los demócratas constitucionales, [...] mencheviques, SR [alzados contra nosotros], ya sea en armas o en una conspiración, o animando a otros contra el poder de los sóviets [...] [o hacemos eso] o dejamos que las cosas lleguen al punto en el que Kolchak y Denikin estén en condiciones de apalear, fusilar y aplastar hasta la muerte a decenas de miles de trabajadores y campesinos? La elección no es difícil [...]». ¹⁷ A partir de ese momento, la Cheká y otras fuerzas encargadas de defender la revolución dejaron de hacer preguntas y de prestar atención a las pruebas de culpabilidad o inocencia. Cualquiera que fuera sospechoso de asociación con los blancos u otros grupos hostiles a la revolución fue trasladado con rapidez a un campo de concentración o ejecutado en el acto. Los registros y arrestos masivos reemplazaron las tácticas más selectivas empleadas durante el verano. El régimen renunció a intentar ganarse a quienes vacilaban en apoyar o no la revolución y se confió al miedo. De hecho, algunos cuestionaron el que la burguesía pudiera ser de alguna utilidad para el régimen. Como anotó Martin Latsis, un jefe de la Cheká, en noviembre de 1918: «No estamos librando una guerra contra personas individuales. Estamos exterminando a la burguesía en tanto clase social. Durante la investigación, no buscamos pruebas de que el acusado actuara de palabra o de hecho contra el poder

soviético. Las primeras preguntas que debéis plantearos son: ¿A qué clase pertenece? ¿Cuáles son sus orígenes? ¿Cuál es su educación o profesión? Y son esas preguntas las que han de determinar el destino del acusado». ¹⁸ Con semejante lógica, muchos miles de rusos de clase media serían asesinados a lo largo del siguiente año, y ellos no fueron en absoluto las únicas víctimas. El Ejército Rojo se acostumbró a ejecutar a los soldados blancos capturados en lugar de trasladarlos a los campos. Los pueblos que se creía que habían apoyado al enemigo eran arrasados por completo. Los campesinos que se oponían a la requisita del grano eran ejecutados en el acto. En el caso de los cosacos, los bolcheviques se propusieron, en 1919, exterminar a un grupo entero al que consideraban incorregiblemente hostil al poder de los soviets. Cientos de miles fueron eliminados o deportados. Los blancos también recurrieron al terror en la misma medida y con similar virulencia. El baño de sangre continuó hasta el final de la guerra en 1921 y se cobró millones de vidas.

El hecho de que el inicio de la campaña de terror coincidiera con un giro decisivo de la guerra civil resultó fatídico. Es indudable que hubo muchos más momentos de peligro, más derrotas y períodos de retroceso, pero la política del odio de clase y la justicia sumaria parecieron infundir una disciplina y determinación férrea a las fuerzas bolcheviques. Como León Trotski observaría luego: «En el otoño [de 1918] se produjo realmente la gran revolución. De la pálida debilidad que conocieran los meses de primavera ya no había rastro». ¹⁹ Los actos extremos de brutalidad contras las «fuerzas de la contrarrevolución» experimentaron un cambio sutil en las mentes de los bolcheviques: de ser una necesidad desgraciada pasaron a ser una expresión positiva del poder soviético para superar todos los obstáculos que impedían la consecución de las metas revolucionarias. Con todo, había todavía muchos bolcheviques profundamente conscientes de que resultaba difícil conciliar el recurso a un aparato de violencia política poderoso y desenfrenado con el ideal de la liberación humana. Incluso en el apogeo de la guerra civil hubo quienes buscaron contener a la Cheká y atenuar la violencia. De cuando en cuando, Dzerzhinski se vio obligado a defender a la organización de quienes querían reducir el poder que había alcanzado y el presupuesto del que gozaba, pero

nunca cedió terreno. Glorificaba la defensa implacable de la revolución. Advertía de los peligros que tenían por delante. Y por lo general supo granjearse el apoyo de sus correligionarios. Los bolcheviques pasaron sus primeros tres años en el poder en una lucha de vida o muerte en la que las nociones de aliado y adversario, amigo y enemigo, nosotros y ellos se simplificaron de forma radical. No había espacio para los sentimientos ambiguos y la duda, no había tiempo para tratar de convencer a los indecisos. La mentalidad era que o bien estás con nosotros o estás contra nosotros, y si estás en contra nuestra, tendremos que destruirte. Esa pauta de pensamiento sobrevivió mucho después de alcanzada la victoria en la guerra civil.

La violencia excepcional desplegada en esta tuvo muchas fuentes diferentes. Rusia tenía una larga historia de agitación política, una historia de asesinatos, golpes, levantamientos y guerras civiles en la que el poder se ganaba y se conservaba mediante la fuerza. Los rojos y los blancos eran conscientes de ello, y habían tenido oportunidad de experimentarlo personalmente en los años previos a 1917, cuando las tácticas tanto de los revolucionarios como de la élite autocrática se habían endurecido de forma considerable. Cuando los revolucionarios recurrieron al terrorismo, el antiguo régimen suspendió el ordenamiento jurídico y respondió enviando al exilio, encarcelando o ejecutando a miles de ellos. La década de política reaccionaria que siguió a la revolución de 1905 era para los bolcheviques un recordatorio claro de lo que ocurriría si perdían la guerra civil y una lección de que, cuando estabas en el poder, la violencia implacable podía mantenerte allí. El recurso a la violencia de los bolcheviques se fundaba no solo en los precedentes rusos sino también en la historia de los movimientos revolucionarios europeos de los siglos XVIII y XIX, una historia que, desde su punto de vista, demostraba, por un lado, que los revolucionarios solían subestimar las fuerzas de la reacción y, por otro, que la violencia era sinónimo de revolución. El fin de la fase jacobina en Francia había marcado el comienzo de la contrarrevolución.

La violencia de la guerra civil rusa fue una cuestión a la vez de teoría y de práctica. Los bolcheviques no estaban predestinados a gobernar por medios violentos debido a su orientación ideológica y el estudio de la historia, pero sí estaban resueltos a no acobardarse ante

ellos cuando, desde su punto de vista, el momento lo exigiera. Y el momento llegó de forma decisiva cuando sus distintos enemigos pusieron al descubierto la vulnerabilidad del frente interno justo al mismo tiempo que los ejércitos blancos se acercaban más y más a Moscú y Petrogrado. A partir de entonces el uso del terror se amplió y profundizó no solo porque la jefatura bolchevique estaba convencida de que se necesitaba hacerlo, sino también porque las bases del Partido y las masas de la soldadesca habían estado endureciéndose desde el comienzo de la primera guerra mundial. El marcado mejoramiento de las perspectivas de las fuerzas bolcheviques en el otoño de 1918 pareció justificar el terror. De forma gradual este pasó a ocupar un lugar glorioso en la historia de la revolución. La Cheká se forjó una reputación como «la espada y el escudo de la revolución» y los chequistas se convirtieron en «los mejores bolcheviques».

La pregunta que persiste es en qué medida la experiencia de la guerra civil contribuyó a la violencia política de mediados de la década de 1930. ¿Hay una línea directa entre el terror de Lenin y el terror de Stalin? No existe una respuesta sencilla. Es indudable que la implementación del terror en la década de 1930 siguió pautas conocidas. Al igual que en la guerra civil, se otorgó a la policía política poderes extraordinarios no solo para realizar registros y arrestos en masa, sino también para actuar como juez, jurado y verdugo. Y del mismo modo, cientos de miles de ciudadanos soviéticos fueron detenidos y, a menudo sin ninguna prueba material de haber cometido un delito, encarcelados, enviados al exilio o fusilados. La deportación al Gulag no fue un invento de Stalin. Y, de hecho, tampoco de Lenin. Sus raíces se remontan al siglo xvi con Iván el Terrible. Lo mismo puede decirse de la vigilancia política y los arrestos y ejecuciones arbitrarias, cuyos orígenes pueden rastrearse hasta la *opríchnina* de Iván. La historia de la violencia política en Rusia contribuyó a la violencia tanto de la guerra civil como de la era estalinista, pero no puede explicar los acontecimientos de la década de 1930. La pauta histórica de violencia no hizo que el terror estalinista fuera inevitable. Otro tanto ocurre con la ideología bolchevique. Stalin era un discípulo de Lenin en la forma en que entendía la historia de los movimientos revolucionarios y la amenaza de la contrarrevolución. Compartía las ideas generales de su maestro

acerca de la estrategia y la táctica y, de forma específica, acerca del uso del terror en la defensa de la revolución (y ello, entre otras razones, porque Lenin había logrado guiar con éxito a los bolcheviques a lo largo de la guerra civil). No obstante, la explicación de la violencia política estalinista como una especie de «leninismo triunfante» resulta asimismo profundamente problemática, no solo porque deja de lado las corrientes antiautoritarias del bolchevismo y exagera el puro impulso dictatorial, sino también porque, desde un punto de vista *objetivo*, a mediados de la década de 1930, cuando el terror volvió a enseñar su monstruosa cabeza, no existía una amenaza clara para el poder de la Unión Soviética y tampoco para el poder de Stalin. A mediados de la década de 1930 no había guerra civil. Ni alianzas de potencias extranjeras empeñadas en restaurar el capitalismo en suelo ruso. Ni levantamientos armados. Ni campañas de sabotaje, subversión o conspiraciones que aunaran los esfuerzos de los enemigos del Estado soviético.

¿O acaso sí?

A primera vista, la pregunta parece absurda. Determinar que el régimen de Stalin no se enfrentaba a una amenaza considerable o inmediata a mediados de la década de 1930, o al menos a algo comparable a las circunstancias que provocaron el inicio del terror rojo en 1918, es una tarea relativamente clara: no era así. Sin embargo, la cuestión clave aquí es la *percepción* de esa amenaza, porque, para mediados de la década de 1930, Stalin, la élite soviética en general e incluso gran parte de la población civil creía que una nueva guerra civil era inminente; que las fuerzas blancas (todavía en armas en las fronteras soviéticas) estaban preparándose para unirse a una coalición de potencias capitalistas en una cruzada anticomunista; que los ciudadanos soviéticos desafectos estaban siendo reclutados por agentes extranjeros y enemigos internos del régimen en preparación del ataque; y que el régimen no podía confiar en el apoyo sin vacilación del campesinado, los obreros o, de hecho, el propio Partido y el aparato del Estado. El origen y evolución de esta percepción equivocada es la historia de la que se ocupa *El gran miedo*. No se trata de una historia de paranoia, al menos no en el sentido clínico del término. Stalin y muchos otros que compartían este temor eran fríamente racionales a la hora de procesar la información que se les proporcionaba. En lugar de ello, es la historia de los

profundos fallos de los sistemas soviéticos para la recolección y el procesamiento de la información. Es una historia que tiene sus raíces en la guerra civil. Los fallos en los sistemas de recolección de la información y la percepción equivocada de la amenaza tienen sus raíces en ella. Ese legado de la guerra civil resulta crítico para entender el terror estalinista: la prolongada tradición rusa de violencia política y la determinación de los bolcheviques de combatir de forma implacable las amenazas a la revolución eran condiciones necesarias, pero no suficientes, para la extraordinaria violencia de la era de Stalin. La percepción de que existía una amenaza fue el detonante.

La experiencia de la guerra civil generó una sensibilidad al peligro y la amenaza particularmente agudizada. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en 1917, esperaban contar con el apoyo de las masas trabajadoras, pero no se hacían demasiadas ilusiones acerca del desafío que suponía hacerse con la totalidad del antiguo Imperio ruso y mantenerlo bajo control. El conocimiento del enemigo iba a ser un factor clave, pero ellos no tenían claro desde el principio que fuera a ser necesario contar con un servicio de inteligencia. El estudio de Marx y de la historia de los movimientos revolucionarios les había convencido de que comprendían el modo de proceder de los contrarrevolucionarios. En iguales condiciones, no querían reproducir los sistemas zaristas de espionaje e inteligencia. El estallido de la guerra civil, y el comienzo de la contrarrevolución, les hizo entender que no tenían elección. Sin embargo, se trataba de un ámbito en el que no tenían experiencia y en el que, a diferencia de lo ocurrido en el ejército o la industria, les resultaba imposible confiar en los «especialistas» del antiguo régimen. Así las cosas, el personal del sistema de recopilación de inteligencia creado por los bolcheviques se componía básicamente de aficionados, aficionados de una inclinación intelectual particular. Adquirieron las destrezas básicas de la recopilación de información sobre la marcha, y no lo hicieron del todo mal. No obstante, debido a la escasez crónica de personal y la falta de una financiación apropiada, el sistema dependía enormemente del interrogatorio de los sospechosos y los sujetos sorprendidos en «acciones contrarrevolucionarias». Los métodos de interrogación empleados, en particular en el contexto de una guerra civil brutal, no favorecían la obtención de respuestas sutiles o matizadas, si

bien en términos generales resultaron eficaces. Hoy es posible comparar los archivos de los ejércitos blancos con los de los bolcheviques y establecer a grandes rasgos cuán bien funcionaban los sistemas de inteligencia soviéticos. Aunque todavía no existe un estudio académico detallado de la cuestión, y si bien un análisis detenido supera los límites de este libro, resulta bastante claro que los responsables de recabar la información supieron captar las dimensiones generales de la amenaza a la que se enfrentaba el régimen. Los líderes bolcheviques no necesitaban mucho más que eso pues el terror rojo era, en sí mismo, un instrumento burdo.

No cabe duda de que la Cheká periódicamente evaluaba la información de inteligencia que producía, en especial tras haber sido incapaz de anticipar ciertos avances o levantamientos blancos de relieve, pero los análisis más detallados y completos sobre la amenaza contrarrevolucionaria se publicaron después de que la guerra hubiera concluido. Y es en ellos, en volúmenes como el famoso *Libro rojo de la Cheká* (1922),²⁰ que podemos apreciar ciertas tendencias fundamentales en lo que concierne a las percepciones incorrectas. La más significativa es que la Cheká atribuía a sus enemigos una mayor coherencia de la que en realidad tenían. Ciertamente hubo decenas de «conspiraciones» organizadas por oficiales blancos, kadetes, SR, mencheviques y aventureros extranjeros, todos los cuales intentaron obtener el apoyo de grupos e individuos contrarios a los bolcheviques. Los documentos que dejaron evidencian que tenían la esperanza de forjar un frente unido capaz de derrocar al nuevo régimen, y dan cuenta de los esfuerzos por hallar programas políticos alrededor de los cuales fuera posible aunar sus diversos puntos de vista. Ese empeño fracasó casi sin excepción, pero la Cheká no advirtió la profundidad de las divisiones que les impedían actuar de forma unida. Los compendios analíticos concluían de forma sistemática que el antibolchevismo era un factor de unión suficiente: «en la lucha contra el enemigo común, todos aceptaron hacer concesiones mutuas y pactos: los monárquicos han aceptado un consejo nacional y los socialistas aceptaron reconocer la dictadura militar y la propiedad privada de la tierra. Estos y otros grupos preveían la llegada a Moscú de la dictadura de los generales (blancos) y la destrucción del (gobierno) bolchevique

que tanto odiaban».²¹ Después de todo, esa era la lección de los grandes fracasos revolucionarios de los siglos previos: la amenaza planteada por el alzamiento de la clase trabajadora unía a las fuerzas de la reacción. En palabras del *Libro rojo*, lo que hacían era cumplir con el deber político de su clase.²² Pero eso no se aplicaba al caso ruso. Muchos de los adversarios de los bolcheviques buscaron encontrar un terreno común, pero no lo consiguieron. El análisis de la Cheká creaba la impresión de que la aristocracia estaba de acuerdo con los intereses de los empresarios comerciales e industriales y con los partidos de derechas y liberales que aceptaban órdenes de los blancos, los cuales a su vez cooperaban con los revolucionarios no bolcheviques. Y que todos ellos estaban siendo financiados y asesorados por gobiernos capitalistas extranjeros. El análisis sugiere que había contactos entre todos esos grupos. Sin embargo, pese a las alianzas pasajeras y los esfuerzos por cooperar, las sospechas mutuas eran demasiado grandes y las incompatibilidades de sus planes para el futuro de Rusia demasiado visibles para que fuera posible una acción concertada significativa. En resumen: el análisis era erróneo.

La Cheká se aficionó a destapar grandes conspiraciones: «El consejo de activistas públicos», «La unión de los terratenientes», «El comité comercial-industrial», «El centro derechista», «La unión para la regeneración», etcétera. Las detenciones y los interrogatorios se traducían en nuevos arrestos y nuevas «revelaciones» acerca de los vínculos entre estos grupos. Los juicios, el exilio y la ejecución de «contrarrevolucionarios» coincidían con el avance triunfal del Ejército Rojo. La Cheká estaba decidida a atribuirse el mérito de la victoria no solo porque creía con sinceridad en la importancia de su contribución a ella, sino porque sabía que seguía existiendo dentro del Partido un núcleo de opinión que veía con hostilidad la existencia de una policía política bolchevique poderosa. Documentos como el *Libro rojo* formaron parte de un esfuerzo consciente y concentrado de la Cheká por justificar su existencia. Por suerte para ellos, la mayoría de los líderes bolcheviques compartían la idea de que las conspiraciones contrarrevolucionarias habían sido, y seguirían siendo, una amenaza grave para el poder soviético.